

ARMONIZACION DE CULTURAS²⁴

Llevamos dieciséis años de revolución; es decir, de ensayos y de esfuerzos, muchos de ellos fructíferos y otros en vías de serlo, para conseguir la emancipación económica de nuestros trabajadores.

Ya es tiempo, por lo mismo, de que haciendo a un lado doctrinas europeas y exóticas modas o vanidosos SNOBISMOS intelectuales, nos apliquemos a encontrar y descubrir nuestro propio pensamiento, nuestra especial y verdadera psico-sociología, la auténtica ideología nacional, en una palabra.

Si no queremos seguir pensando a la moda rusa, a la francesa, o según la última novedad española o germánica; si no queremos seguir siendo tributarios, en lo intelectual, de la vieja y ya gastada Europa, como lo hemos sido y lo somos, en lo mercantil, de ella de los Estados Unidos, debemos buscar nuestras verdaderas tendencias sociales, nuestras auténticas modalidades psicológicas y afectivas, y nuestras reales posibilidades étnicas, en el fondo del alma nacional, y —esto nos parece indudable—, no es fácil llegar hasta ella, si no es a través de la historia de su formación y desenvolvimiento.

Sólo el pasado posee el secreto del porvenir, porque allí están las raíces, a la vez que la médula del organismo nacional, y por ende, el origen de sus facultades, aptitudes y posibilidades para la acción.

Procuremos, pues, modestamente y sin jactancia, pero también sin timideces ni cobardes escepticismos, penetrar lo más adentro que nos sea dable en las intimidades de nuestra historia; con la convicción de que si nuestra pobre capacidad no acierta con el camino, vendrá otro más inteligente o más experto, a descubrirlo: por lo que a nosotros quedará la satisfacción de haber contribuido al menos con el ejemplo, de haber abierto la marcha y de no haber tenido el temor de poner manos a la obra.

Muy probablemente nos equivocaremos, pero vendrán otros y acertarán. —Lo importante es empezar..., empezar a estudiar seriamente, ver de

²⁴ *El Universal*, 8 de febrero de 1927.

nuestro lado, dirigir un poco la vista hacia lo nuestro; en vez de estar observando siempre, maríaticamente, del lado de lo exótico y común obstinada orientación hacia lo que nos es totalmente extraño.

Busquemos en nuestra historia, v. gr., los antecedentes que ella ofrezca sobre la mejor manera de resolver el viejo y siempre nuevo problema de la armonización o compenetración de las dos culturas; la hispánica o europea, y la indígena.

Y para comenzar, veamos qué nos enseña sobre el vital asunto, el ensayo hecho, en el siglo XVI, por el Obispo, y antes oidor, don Vasco de Quiroga, uno de los hombres más grandes que debemos a la España.

Profundo conocedor el señor Quiroga de las necesidades de los indios, de sus cualidades y defectos, supo acomodar a estas circunstancias, todas las actividades que, así en Santa Fe, a pocas leguas de esta ciudad, como en la región michoacana, desarrolló enérgicamente, en beneficio del perfeccionamiento moral y económico de los habitantes indígenas.

Y lo hizo en forma tal, y de modo tan inteligente logró posesionarse del alma de las multitudes, que éstas, con la fidelidad que siempre guardan a sus verdaderos bienhechores, han transmitido el recuerdo de don Vasco, piadosamente, de generación en generación.

La idea directriz del señor Quiroga fue siempre ésta: “que a los indios había que quitarles lo malo de sus costumbres, y dejarles lo bueno que en ellas hubiese”. —Ese su pensamiento dominante, lo expresa don Vasco en los términos siguientes:

“en toda buena policía (o cultura) que de nuevo se haya de dar a personas semejantes, que de ella y de prudencia tienen tanta necesidad, como vosotros los indios tenéis, se debe hacer y conviene se haga, que es y ha de ser conforme a la calidad, y manera, y condición de la gente a quienes se les da, y según sus faltas, calidad y necesidades, y capacidad, conservándoles siempre lo bueno que tengan, y no destruyéndose, ni trocándose por lo que no les cuadra ni conviene...”

Y sin más teorías ni estorbosas complicaciones de sistemas, sino llevado sólo por su buen sentido y mejor propósito, el señor Quiroga se aplicó a perfeccionar y elevar prácticamente y de hecho a la raza tarasca, así en lo económico, como en lo social y moral.

En lo económico, logró los resultados que nos describe su biógrafo, del modo que sigue:

“Unión a los indios en poblaciones, para añadir al vínculo de la humanidad, éste de la sociedad: les procuró que SE HICIESEN UTILES RECIPROCAMENTE

Y AL PUEBLO, haciendo que aprendiesen las artes y oficios, aún los más mecánicos: les introdujo muchos de éstos, que no conocían en su gentilidad: y finalmente para mantener el comercio de algunos lugares con otros, les formó UN PLAN MARAVILLOSO. EN QUE TODOS ERAN RECIPROCAMENTE NECESARIOS. Ordenó que en solo uno se traficase en cortar maderas (en Capula); que en solo otro se labrasen y pintasen de un modo muy particular y primoroso (en Cocupao). Otros sólo entendían en curtir pieles y hacer toda obra de ellas (en Teremendo); otros sólo en hacer utensilios de barro (De éstos hay dos que se hacen de diversas maneras: Tzintzuntzán y Patamban); y finalmente, otros en hacer obras de hierro, como en un pueblo que se llama San Felipe de los Herreros”. (Vida del Venerable Vasco de Quiroga), por don Juan Joseph Moreno, edición de 1766; pág. 140).

En lo social y en lo moral, enseñó Quiroga a los indios a practicar diversas formas de apoyo mutuo y de cooperación, demostrándoles con hechos, que ayudar a los demás, equivale en último término, a ayudarse a sí mismo; o como dice un sociólogo, “el amor entre los hombres, tiene por causa la armonía de los esfuerzos”.

Demostró a sus protegidos que todos eran recíprocamente necesarios, los unos a los otros, llevándolos así de la mano, unas veces por la vía indirecta del interés o de la utilidad, y otras, por el camino más recto de la caridad y de las obras buenas, practicadas con los enfermos y con los menesterosos, a la clara comprensión de los altos deberes de la fraternidad humana.

Los detalles de esta labor, tan intensa y honda, que bajo ciertos aspectos llegó a colindar o a confundirse con el comunismo, los dejamos de intento para otro artículo; pues por hoy sólo queremos trazar los lineamientos generales de la obra.

Insistiremos solamente, en que el señor Quiroga supo huir de los dos extremos: ni intentó copiar de modo servil la cultura europea, ni cometió el error de desdeñarla, en lo bueno que ella ofrece.

De esa civilización, tomó para que la aprovecharan los indios, las artes mecánicas, los útiles perfeccionados, los procedimientos técnicos, y la división del trabajo, tan fecunda en beneficios.

Pero a la vez conservó y respetó lo que de bueno tiene las costumbres y el carácter indígenas: la sencillez, la humildad (opuesta a la altivez hispana), la frugalidad, la ausencia de desenfrenada codicia y de ardientes concupiscencias, la tendencia a la unión, el apego al terruño, el gusto por la cooperación, las costumbres de solidaridad y de apoyo mutuo, el arraigado amor a la justicia, y el respeto tradicional al jefe de familia y a los representantes de la comunidad.

En el actual medio contemporáneo, mucho más complicado y corrompido, habría mayor razón para imitar en su cordura al venerable Quiroga.

La enferma y ya caduca civilización europea (y al decir europea, decimos también norteamericana), sólo puede ofrecernos, a falta de valores morales y de auténtica cultura del espíritu, una enorme masa de adelantos materiales, descubrimientos físicos y químicos, lujos y refinamientos innecesarios en el vivir, maquinaria en todo y para todo, aún para triturar millonadas de hombres, en la más absurda de las hecatombes.

Rechacemos, pues, lo malo que ella tiene; su egoísmo, sus costosas vanidades, sus despilfarros, su crudo sensualismo, su vergorroso culto al dólar, su femenil inclinación por las exterioridades, su lucha salvaje por la vida, sus desigualdades monstruosas, sus guerras criminales por motivos de lucro; todo lo que tiene, en fin, de bajo, de material, de mercantilista, de indiferente para lo que no sea ganancia o placer: generación sin fe, sin amor, sin caridad, sin férvidos y salvadores entusiasmos.

Tomemos, en cambio, lo que ella puede darnos de beneficioso y aprovechable: sus inventos, sus motores, sus máquinas, su agricultura perfeccionada, su captación de las fuerzas físicas, sus sistemas todos de concentración o de aprovechamiento de los elementos naturales. Ellos nos servirán, si no para conquistar la felicidad, que consiste en algo más alto, sí al menos para descargar un poco de su labor a nuestros hoy agobiados hombres de trabajo.

Pero que todo esto sea sin renunciar a lo que de peculiar y de fuerte posee nuestra idiosincrasia de mestizos; es, a saber, nuestro cálido entusiasmo y nuestras ansias de renovación y de ideal; y sobre todo, sin sacrificar en lo más mínimo, los caracteres específicos de nuestra población indígena, tan pródiga en facultades latentes y en virtualidades ni siquiera sospechadas.

Sigamos en esto la huya del Emperador Carlos V., quien el año de 1555, casi la víspera de sepultarse en el Monasterio de Yuste, con el espíritu amargado, pero pleno de experiencia, dejó escrito lo siguiente a manera de testamento:

“Ordenamos y mandamos, que las leyes y buenas costumbres que antiguamente tenían los indios para su buen gobierno y policía, y sus usos y costumbres observadas y guardadas después que son cristianos, y que no se encuentran (en pugna) con nuestra santa religión, ni con las leyes de este libro... las aprobamos y confirmamos...”

Por supuesto que todo esfuerzo que se haga en pro de la redención del indígena, fracasará, en nuestro humilde concepto, si no se basa en la moral evangélica, sinceramente practicada, convertidas en obras y no simplemente reducida al estrecho y estéril campo de las ceremonias litúrgicas.